

Leopoldo Alas "Clarín"



**La Fantasía de
un Delegado de
Hacienda**

textos.info
biblioteca digital abierta

La Fantasía de un Delegado de Hacienda

Leopoldo Alas "Clarín"

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8483

Título: La Fantasía de un Delegado de Hacienda

Autor: Leopoldo Alas "Clarín"

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 24 de enero de 2025

Fecha de modificación: 24 de enero de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Fantasía de un Delegado de Hacienda

Veraneaba D. Sinibaldo Rentería en un puertecillo del mar Cantábrico, de playa hermosa, pero pérfida *como la onda*, y precisamente pérfida por las ondas y las disimuladas corrientes; peligrosa por el mal abrigo del Oeste, por donde, á veces, de pronto, venía bonitamente la galerna con todos sus horrores, sin anunciarse, y llegando con su furia casi á tierra, pues no había obstáculo que lo estorbase.

Más que en estas condiciones de la playa, había reparado Rentería, que si era gallo, no se le podía desechar por duro y viejo, en la hermosura de una señora, compañera de fonda y casada con un caballero que se pasaba la vida metido, no sé si en todo, pero por lo menos en los charcos, y que amaba el peligro, aunque todavía no había perecido en él. Aquel señor creía que no se era buen bañista si no se pasaba la temporada hecho un anfibio, y un esquimal por lo que toca á la comida. Todo el santo día, y madrugaba mucho, se lo pasaba descalzo de pie y pierna, metido en el agua, entre las peñas, ó bien en la playa corriendo sobre la arena, pero *algo mar adentro* como él decía. Pescaba todo lo que podía, arrancaba de las peñas las pobres lapas, con crueldad y constancia de hambriento, y como si no tuviera que meter en la boca en su casa, pasaba mil afanes por chuparle el jugo al mar, en forma de mariscos.

Este señor, una tarde se decidió á aventurarse y á pasar la mar, ó por lo menos darse por ella un paseo de algunas millas. Era toda una hazaña para aquellos bañistas de tierra adentro, que solían hacer *personalmente* del Océano, que en frente tenían, el mismo uso que del mar pintado en el foro de un escenario.

—No le aconsejaba D. Sinibaldo al Sr. Arenas, apellido del osado argonauta, que se lanzase al *mar tenebroso* aquel día, porque había oído él no sé qué de contraste y turbonada y otros términos alarmantes.

El Sr. Arenas se embarcó, sin embargo, provisto de aparatos de pesca, de cien clases, y no oyó las súplicas de su mujer, á quien dejó, como una Ariadna de cabotaje, en poder, ó al cuidado, de aquellos señores que quedaban en la playa admirando el valor, no *cívico*, como dijo uno de ellos, sino..... *marítimo* del *pescador*..... de cangrejos, no de perlas.

Rentería, con la imaginación loca de costumbre, hizo en seguida su novela correspondiente sobre el tema de cierto recóndito y pecaminoso deseo.

«En la *hipótesis*,—comenzó pensando,—de que ese Sr. Arenas se ahogue, aunque sea en poca agua; de que venga la galerna, y á él, con todos esos atrevidos *nautas*, los tumbe y sepulte en las amargas olas...» Y así prosiguió inventando mil peripecias, trágicas unas, otras altamente galantes, en que él se veía ya enamorando á la *viuda*, después de haber *lamentado* juntos la catástrofe...

Unos quince minutos llevaría D. Sinibaldo de soñar así, sentado en el suelo, junto á la orilla, cuando, no un pisotón de gallego, sino la furia del viento, cargado de agua y arena, vino á sacarle, en parte, de su idilio elegiaco y criminal, derribándole cuan largo era. Levantóse, sintió que el sombrero se lo llevaba el aire, vióse envuelto por incómodo torbellino, y mirando en torno, vió sólo una espesa niebla; y por la parte del mar, entre aquella obscuridad, distinguió rayas blancas y negras, que eran las olas lejanas, encrespadas: en la espuma de la cresta, como nieve, más abajo como tinta, ó por lo menos como obscurísima pizarra.

Oyó después, cerca, grandes gritos, lamentos, voces de socorro; y, cuando huyó aquella ráfaga y algo se aclaró el ambiente, distinguió Rentería, en el mar, la barca del temerario pescador próxima á zozobrar, allá, muy lejos, y por el viento y las olas impelida con fuerza y prisa hacia el Sudeste, esto es, hacia tierra; pero á gran distancia, en dirección de un paraje de la playa, que distaba no poco del sitio en que se había embarcado el mal aconsejado, es decir, bien aconsejado, pero testarudo *náufrago*. Vió D. Sinibaldo que una dama corría por la playa hacia la parte á que la lancha podía llegar, si antes no daba la tremenda voltereta, que parecía segura á cada brinco sobre el lomo de cada ola. Rentería, sin pensar lo que hacía, y volviendo á su novela, ó, por lo menos, sin volver del todo al mundo real, echó á correr tras la dama aquella, que no era otra que la viuda, como ya la llamaba el Delegado para sus adentros.

Toda la gente que había en la playa, ó los más, se encaminaron en la

misma dirección, pero con menos prisa; de modo que la Sra. de Arenas sacó gran ventaja á todos muy pronto: y no poca les sacó D. Sinibaldo, que corría, corría, y medio aturdido por el viento, la fatiga, los torbellinos cargados de arena, iba soñando como si tuviese calentura, mezclando realidades y visiones.

Y mientras, con la lengua fuera, corría el buen señor, iba fraguando todo esto: Ya el tal Arenas había perecido allá, en la playa de tal (aquella en que estaban), mucho tiempo hacía; él, Rentería había recogido el cadáver del naufrago, había consolado á la viuda, la había obligado á agradecerle infinitos servicios, inestimables en los primeros momentos de apuro; su buena amistad había continuado, y pasado el año de luto, la viuda de Arenas y D. Sinibaldo contraían justas nupcias. Pero, como el cansancio y el viento llevaban medio reventado y molido al buen gallo, se sentía mal corriendo; fué á respirar fuerte y una punzada de dolor agudo en un lado le hizo exclamar: «¡Adios! Rosa (nombre de su *señora*); ¿ves? ¡ya la pesqué, pulmonía segura!» Se ahogaba, «¡La disnea! ¡Este Madrid! ¿Por qué te empeñaste en que dejara mi vida de provincia y me viniera al Ministerio? ¡Vaya, pues, adiós, hija, porque ya ves... no respiro... me ahogo... sudo... se me doblan las piernas... adiós... adiós... me muero... acuérdate de mí; no profanen la memoria de nuestro amor nuevas, *para mí* ilícitas relaciones... adiós, mi Rosa!...» Y se moría... Ya se había muerto; la prueba era que no se podía mover, que estaba en tierra mascando polvo ó arena... Sí, aquello era la tumba, el otro mundo... Pero, ¡oh terrible realidad! Se veía desde el otro mundo este pícaro que dejamos... Y se incorporó indignado, furioso, porque acababa de ver á su *viuda*, en persona, sin esperar á que pasara el año de luto, abrazando á *otro* hombre, sin duda al que escogía por *tercer* marido...

Y la pareja, unidos del brazo y haciendo extremos de alegría, se acercaba sonriente á D. Sinibaldo, para agradecerle la carrera que había dado por venir en socorro del Sr. Arenas, cuando el Delegado, incorporándose... como delirando, exclamó:

—¡Aparta, mujer pérfida! Has echado dos al hoyo, y todavía, sin recato, haces alarde de tus nuevos desvaneos, me presentas á tu *tercer* marido...

—Pero, ¿qué dice este hombre?—preguntó la dama.

El Sr. Arenas, lleno de caridad y prudencia, influído sin duda por el susto que acababa de pasar, pues había visto la muerte de cerca, dijo

cortésmente:

—Sin duda la emoción que le ha causado nuestro peligro le ha trastornado por un momento... Yo no soy el tercer marido de mi mujer, Don Sinibaldo; míreme usted bien; soy Arenas, que se ha salvado de milagro...

—¿De modo... que... todos estamos vivos? Qué sea enhorabuena. Dispensen ustedes: ¡esta pícara fantasía!... ¡Qué barbaridad!... ¿Pues no creí... haberme muerto... de una pulmonía?...

Y reparando en sus indiscretas revelaciones, se puso muy colorado.

—¡Pero qué novelero es Ud!—le dijo la ex viuda, también colorada; porque, menos atenta ya á otras cosas, ó más lista que su esposo, *lo había comprendido todo*.—Y como le estaba muy agradecida por el interés que había mostrado en el lance, miróle la señora de Arenas con ojos muy compasivos.—Sí, miró de arriba á abajo, sin disgusto, á su... *segundo difunto*.

No hay novela, por idealista que sea, que no tenga algo real.

Leopoldo Alas "Clarín"



Leopoldo García-Alas y Ureña «Clarín» (Zamora, 25 de abril de 1852-Oviedo, 13 de junio de 1901) fue un escritor español.

En marzo de 1875, Antonio Sánchez Pérez (no se conoce su biografía) fundó un periódico con el nombre de El Solfeo. El 5 de julio entraron en su redacción unos cuantos jóvenes, entre ellos Leopoldo Alas. El periódico pasó totalmente desapercibido y ni siquiera fue nombrado por los cronistas de la época. Su director quiso que sus colaboradores tomaran como

seudónimo el nombre de un instrumento musical y así fue como Leopoldo eligió el clarín que a partir de ahí sería el alias con que firmaría todos sus artículos. La columna donde escribía tenía el título de «Azotacalles de Madrid» (Apuntes en la pared). El 2 de octubre de 1875, el escritor firmó por primera vez como Clarín, inaugurando el espacio con el verso que el lector puede ver a continuación. De esta forma Leopoldo Alas entró en la vida literaria de la época y desde su columna empezó a lanzar duras críticas llenas de ironía contra la clase política de la Restauración.

Durante los ratos libres que le dejara la cátedra de la Universidad, Clarín escribía artículos para los periódicos El Globo, La Ilustración y Madrid Cómico. Envía a los periódicos de El Imparcial y Madrid Cómico sus «Paliques» satíricos y mordaces que le proporcionarán algunos enemigos adicionales.

En 1881 se publicó el libro Solos de Clarín, que recogió los artículos de crítica literaria. El prólogo es de Echegaray. Ese mismo año, en el mes de octubre publicó en La Ilustración Gallega y Asturiana el artículo «La Universidad de Oviedo», en el que hace un elogio al claustro restaurado y formado por los profesores Buylla, Aramburu y Díaz Ordóñez, entre otros.

A los 31 años de edad escribe Clarín su obra maestra La Regenta. En junio de 1885 salió a la calle el segundo volumen de esta composición del arte literario. En 1886 se edita su primer libro de cuentos con el título de Pipá. En 1889 termina un ensayo biográfico sobre Galdós, dentro de una serie titulada «Celebridades españolas contemporáneas». A finales de junio de 1891, el editor Fernando Fe saca a la luz la segunda novela larga de Clarín: Su único hijo.

En 1892 Clarín pasa por una crisis de personalidad y religiosa en que, según sus palabras, trata de encontrar a su yo y a Dios. Poco después dejó reflejar dicha crisis en su cuento Cambio de Luz, cuyo protagonista Jorge Arial representa al autor y sus preocupaciones, sus dudas religiosas y su escepticismo filosófico. Clarín define a este personaje como «místico vergonzante». En esta época también colabora con la revista Los Madriles.